

contra sus competidores, con los bárbaros, cuyas incursiones eran favorecidas por aquellas continuas rivalidades. El hambre y la peste que ejercieron sus destrozos desde 250 á 265 ponían colmo á tantos males; y además terremotos, eclipses de sol, sordos mugidos subterráneos, acrecentaban el desaliento de los espantados pueblos.

## CAPITULO XV.

Desde Claudio II á Diocleciano.

En este momento retardaba la caída del imperio una sucesión de valientes emperadores. Proclamó el ejército á Claudio (24 de Marzo de 268) como el más digno de sostener el nombre romano y la dignidad imperial; y su elección fué confirmada por el Senado, quien repite en alta voz que siempre ha deseado por emperador á Claudio ó á un príncipe semejante. Ascendido éste ilirio al trono, sin haberlo conquistado con un delito, continua el asedio de Milan, y acababa por apoderarse de Aureolo, á quien da muerte á instancias del ejército. En seguida bate á los germanos que se habían adelantado hasta el lago de Garela. De vuelta en Roma se ocupa en reparar lo mejor que puede los desórdenes causados por las precedentes turbaciones. Deja al Senado condenar á muerte á los amigos y á los deudos de Galieno, y despues de pronunciada la sentencia les concede indulto.

Avanzado contra los godos, que, despues de haber talado las provincias, se retiraban por la alta Mesia, escribía en estos términos al Senado: «Me hallo enfrente de trescientos mil enemigos; si salgo vencedor cuento con vuestro agradecimiento; si el resultado no corresponde á nuestras esperanzas, hareis memoria de que el imperio quedó agotado á consecuencia del reinado de Galieno; suya es la culpa y de los tiranos que han desolado nuestras provincias. No tenemos lanzas, espadas, ni escudos; hállanse en poder de Tétrico las Galias, y la España, alma del imperio; ocúpanse los arqueros contra Zenobia. Por poco que obtengamos, atendida nuestra situación será mucho.»

A los pocos días pudo escribir nuevamente: «Hemos derrotado á los godos y destruido su escuadra de dos mil buques; el campo está cubierto de cadáveres y de escudos, y hemos he-

cho tantos prisioneros, que á cada soldado le han tocado en el reparto dos ó tres mujeres.» No se necesitaban victorias ménos insignes para fijar la vacilante fortuna; pero apenas había reinado Claudio dos años, cuando le arrebató la vida una epidemia. Decretóle el Senado los honores divinos (Mayo de 270), y mandó colgar en el salon de sus sesiones un escudo de oro con su efigie; erigióle el pueblo dos estatuas, una de oro y de seis piés de altura, otra de plata y de peso de mil quinientas libras. Su hermano Quintilio fué llamado con unánimes voces, á sucederle, pero á los diez y siete días se suicidó ó fué asesinado por las tropas.

Aureliano fué proclamado sucesor suyo (270). Nacido en Pannonia, en condicion oscura, había dado tantas pruebas de valor y de fuerza, que los soldados le designaban con el nombre de *Manus ad ferrum*, y repetían en su obsequio canciones con el siguiente estribillo: *Mil, mil, mil han sido muertos por su mano*, pues corría acreditado el rumor de que había derribado con su espada en diferentes combates á novecientos cincuenta enemigos. Los godos que se habían librado de la última derrota, pusieron coto á su arrogancia y le pidieron la paz; concediósele de buen grado, atendido que los alemanes, los jutungos y los marcomanos amenazaban la Italia; hasta penetraron en ella á pesar de sus esfuerzos, y habiéndole derrotado cerca de Plasencia, se encaminaron en derecha á Roma. Entonces llegó á su colmo el espanto; se consultó á los libros sibilinos, y el emperador en persona se querelló al Senado de que se procediera muellemente al cumplimiento de los ritos religiosos: *Pues qué, decía, ¿os habeis congregado en una iglesia cristiana, y no en el templo de todos los dioses? Examinadlo, y sabré hacer que os suministren cualquier gasto, cualquier animal, cualquier hombre que exijan los libros sagrados.* Procesiones de sacerdotes vestidos de blanco, en medio de coros de vírgenes y mancebos, recorrieron la campiña, ofreciendo sacrificios místicos y reanimando el valor de los romanos. Aureliano, que había rehecho los vestigios de su ejército, batió á su vez á los bárbaros cerca de Fano, y acabó de exterminarlos en otros muchos combates. También derrctó á los vándalos que habían atravesado el Danubio, y los obligó á entregarle en

rehenes los hijos de sus dos reyes. No obstante, como apetecía más una ventaja efectiva que una apariencia seductora, abandonó las conquistas hechas por Trajano; y declarada independiente la Dacia, prestó al imperio eminentes servicios, ora acostumbrando á los bárbaros á la agricultura, ora repeliéndolos, mientras que la Dacia de Aureliano, como se denominó á la Mesia, recibió á los romanos, que hubieron de evacuar el país allende el Danubio.

Al tomar á Roma halló tal desórden en todo, que hubo de apelar á las más rigurosas medidas. Muchos senadores fueron condenados á muerte por ligerísimas acusaciones, desprovistas hasta de pruebas. Despues se ocupó en reparar las murallas de la ciudad, dándolas un desarrollo de veintiuna millas. Si tamaña extensión lisonjeaba al orgullo romano, hamillábalo la idea de que la capital del imperio estaba reducida á atender á su propia seguridad con el auxilio de baluartes. Aureliano restableció la disciplina y castigó severísimamente las más insignificantes faltas de los soldados. Habiendo violado uno de ellos á la mujer de su huésped, hizo que le ataran á dos árboles inclinados con fuerza que, al volver á levantar sus ramas, le dividieron en dos pedazos. Por eso cantaba la soldadesca: *Este ha derramado más sangre que vino ha bebido cualquiera otro.* Por otra parte, hacia que la disciplina fuera ménos pesada, sujetándose él mismo á sus prescripciones. Ajeno á toda especie de fausto, prohibió á su mujer gastar vestidos de seda, porque se vendían á precio de oro.

Luego que lo preparó todo para la paz y para la guerra, marchó contra Zenobia. Apenas fué la viuda de Odenato, reina de Oriente, se creó para ella una genealogía, haciéndola descendier de los Ptolomeos; efectivamente era vástago de una ilustre familia; entendía el latín, el griego y el egipcio; sabía historia, y se ocupaba en escribirla. Además había aprendido á discutir sobre Platon y sobre Homero en la escuela de Longinos. En la caza competía con su esposo, en la guerra con los más insignes capitanes. Hizo que vistieran la púrpura sus tres hijos Terencio, Timmolao y Valbato; asociados al imperio, les hizo abandonar el idioma griego por la lengua latina, y gobernó cinco ó seis

años en calidad de tutora. Alternativamente grande en la guerra y eminente en el consejo, firme en sus resoluciones, admirablemente generosa, exenta del amor y de las demas pequeneces que deshonran las córtes femeninas, unas veces rivalizaba en magnificencia con los monarcas persas y se hacia adorar como ellos reclinada en tierra la frente, otras con el casco del soldado y el manto imperial, marchaba á la cabeza de las tropas á escape, en un caballo ó en un carro de guerra. De vez en cuando daba banquetes, y á estilo de los Césares, bebía con los oficiales del ejército y con los embajadores de Persia y Armenia.

Habiendo quedado, en virtud de la derrota de Heraclio, dueña de la Siria y de la Mesopotamia, se había aprovechado del momento en que Claudio combatía contra los godos para enseñorearse de Egipto; se había sometido á su ley gran parte del Asia, y fijaba sus ojos en Bitinia.

Resuelto Aureliano á detenerla, entró en esta última provincia (272), y despues en la Capadocia; habiéndole opuesto resistencia Tyana, juró esterminar allí hasta los perros. Pero habiendo caído la ciudad en su poder por traición, dijo que se le había aparecido Apolonio, el famoso taumaturgo, prohibiéndole que maltratara á sus compatriotas. En su consecuencia, intimó á sus soldados saciar su rabia en los perros de la ciudad y en Heraclemon, que había entregado á su patria.

Habiendo logrado encerrar á Zenobia en Palmira, empleó Aureliano contra los baluartes de esta ciudad todas las máquinas de guerra conocidas; pero los sitiados se defendían con heroísmo (273). *Es increíble*, escribía el emperador, *la cantidad de dardos y de piedras que hacen llover sobre nosotros sin treguas ni reposo; pero confío en los dioses que han secundado siempre mis empresas.*

Zenobia aguardaba socorros de los persas y de los sarracenos; mas los primeros fueron cortados en su marcha, y los otros corrompidos; entonces resolvió ir personalmente á reclamar de nuevo la ayuda de los persas. Pero en el momento en que, á favor de la noche, se escapaba con sus tesoros, montada en un dromedario, fué alcanzada por Aureliano, y quedó en su poder en calidad de prisionera. Cuando la pre-

guntó cómo siendo mujer había osado resistir á los emperadores romanos, respondió ella que le reconocía por Augusto, pero que no había creído á Gordiano ni á los demás dignos de tan gran nombre.

Palmira logró ser perdonada entregando sus riquezas; sin embargo, muchos de los que habían ayudado á la reina fueron ahogados ó degollados, entre otros el filósofo Longinos, maestro de Zenobia. Desde entonces la amistad de Aureliano fué solicitada á porfía por los blemmyos; los ouxmitas, los árabes, los bactrianos, los iberos, los sarracenos, los albaneses, los armenios, y hasta por los etiopes, los indios y los chinos.

Mas apenas se había puesto el emperador en camino, supo que los de Palmira, levantando otra vez la cabeza, habían asesinado al gobernador y á la tropa que guarnece la plaza. Retrocede entonces, y cayendo sobre ellos antes de que tengan espacio de organizar la defensa, destruye la ciudad y mata á sus moradores, sin distinción de edad ni de sexo.

Tan completamente desaparecido el nombre de Palmira de la historia, que hasta se ignoraba en Europa su existencia, cuando oyendo los mercaderes ingleses en Alepo (1678) contar á los beduinos las maravillas de los inmensos escombros hacinados en el desierto, quisieron juzgar por sí mismos de lo que había de cierto en aquel relato. Despojados de todo en el camino la vez primera, y detenidos en el viaje, (1694) volvieron á la carga, y entonces descubrieron los vestigios de aquella ciudad prodigiosa, y publicaron su existencia. No vieron los europeos en todo aquello más que una ficción brillante, hasta el momento en que dos ingleses, Dvkins y Wood, ordenaron la descripción y los dibujos exactos de aquellas manílicas ruinas, que se extienden en un espacio de cinco mil setecientos setenta y dos metros, y superan en su sentir á cuanto poseen Italia y Grecia. Alzáse un hermoso arco de triunfo en una plaza donde desembocan tres calles, cuya longitud total no baja de dos mil doscientos veintinueve metros; pórticos ornamentados con estatuas é inscripciones, mil cuatrocientas cincuenta columnas, de las que todavía hay en pie ciento ó ciento nueve, las guarnece por ambos lados; dos de estas columnas se elevan á ciento veinte

metros, y su basamento supera la altura de un hombre. Aquellas mutiladas cañas, de los cuales conservan algunas un fragmento de arquitrabe, sin un sólo muro macizo, cortan de una manera singular el orizonte sin límites del desierto. Conducen los pórticos á magníficos sepulcros, contruidos en forma de torres cuadradas de cuatro y cinco cuerpos, de mármol blanco, con figuras y arabescos de relieve. Se atribuyen á los tres primeros siglos de la era vulgar aquellas admirables construcciones de ejecución y de estilo, á pesar de la profusión de ornamentos debida al género oriental. Los más notables que ofrecen es el templo del sol, con su átrio de seiscientos setenta y nueve piés cuadrados, rodeado de trescientas setenta y cuatro columnas en doble hilera, de quince metros y medio de altura, y un metro y cuarenta centímetros de diámetro. En medio está el templo, cuya fachada tiene cuarenta y siete piés, y los costados ciento veinticuatro; en rededor se descubre un peristilo de cuarenta y una columna de mármol blanco, de más de diez y seis metros de altura. Arquitrabes, cornisas, techos, puertas, están cubiertas de esculturas maravillosas de elegantes proporciones y de un dibujo perfecto, aunque demasiado abundante. Adicciones posteriores indican que ha servido para el culto de Cristo, y luego para el de Mahoma.

No podríamos alejarnos de estas ruinas sin decir algo de las de Helipólís. Todavía se ven dos templos de treinta y ocho metros sobre treinta y siete, y de noventa y seis sobre cuarenta y siete, con un recinto de doscientos noventa y nueve piés de longitud sobre ciento treinta y seis de anchura, un gran pórtico, un gran patio octógono, otro rectangular con una galería. Aún se halla en pie un grupo de seis columnas corintas; tienen diez y nueve metros de altura y siete de circunferencia; las diferentes piezas están unidas con tanta solidez que no se han desprendido muchas de ellas ni aun despues de haber caído. Pedruscos que cuentan hasta once metros de longitud y tres de espesor, forman un muro, encima del cual hay tres piedras que ocupan cincuenta y siete metros; otras piedras pasan de veintitres metros sobre cuatro; es decir, que tienen más volumen que el de un obelisco. Nada sabemos de esta ciudad, que debió también su prosperidad al co-

mercio y al tránsito de las caravanas, sino que su estado era floreciente en tiempo de los Antoninos.

¡Y todo esto en medio del desierto, donde no existe una sola cantera! Pero los habitantes de aquellas ciudades, que carecían de territorio, quisieron hermosear su patria en testimonio de cariño, á semejanza de los de Venecia, de Génova y Pisa. ¡Oh que impresion experimenta el viajero cuando en medio de aquellas inmensas arenas donde no encuentra ni una choza, ni un árbol, descubre delante de sus ojos la ciudad de poético nombre, que debía al comercio una existencia tan activa, trasformada en vasto sepulcro por la espada de Roma! Ahora ocupan treinta ó cuarenta familias cabañas de barro en el recinto del templo de Palmira; están rodeadas de majestuosos vestigios, sin que investiguen su origen ni comprendan su majestad. Volney exhalaba al frente de aquellas ruinas sus desgarradoras elegías, presentándonos los pueblos como una mísera raza que se eleva, crece y sucumbe al acaso, juguete constante de la fuerza y de la impostura.

También se había sublevado Egipto á consecuencia de los manejos de un tal Firmio Sirio, el cual había adquirido tantas riquezas traficando con los árabes, los blemmyos de la Etiopia y los indios, que según se decía, estaba en disposición de mantener un ejército sólo con el beneficio que sacaba del papiro y de la cola. A fin de auxiliar á Zenobia tomó el título de Augusto, y estorbó la exportación de granos, lo cual ponía á Roma en grande apuro; pero habiendo caído sobre él Aureliano con su presteza y ventura acostumbradas le envió al suplicio. Encaminóse en seguida hácia Europa, con intención de recuperar la España, la Galia y la Bretaña, arrancándola del poder de Tétrico. Este que en el trascurso de cinco años había más bien obedecido que mandado á las tropas turbulentas, se presentó á rendirse espontáneamente; de este modo despues de quince años volvieron á quedar incorporadas estas provincias al imperio.

El triunfo de Aureliano fué pomposo (274). A la cabeza marchaban veinte elefantes, cuatro tigres con doscientos animales de los menos comunes y más curiosos del Oriente y del Mediodía; veíanse luego mil seiscientos gladiado-

res destinados al anfiteatro. En pos seguían los tesoros del Asia y de la reina de Palmira con excelente orden bajo apariencia de confusión; por último, estandartes, cascos, escudos, y corazas sobre una infinidad de carros. Tanto por su extraña fisonomía como por la singularidad de su traje, llamaban la atención los embajadores de las naciones más remotas, etiopes, árabes, persas, bactrianos, indios y chinos. Productos de todas las comarcas y coronas de oro, ofrecidas al emperador en señal de gratitud por las ciudades, atestiguaban la obediencia y la adhesión del mundo hácia aquella Roma, que se encontraba á la sazón al borde del precipicio.

Detrás iban largas filas de godos, de vándalos, de sármatas, de alemanes, de francos, de galos, de sirios, de egipcios encadenados, diez mujeres guerreras cogidas con las armas en la mano entre los godos, y denominadas amazonas; despues aparecieron asimismo en este triunfo el emperador Tétrico y la reina Zenobia; el primero con las bragas de los galos, el manto de púrpura y la túnica amarilla, acompañado de su hijo y de los cortesanos galos; la reina de Oriente, cubierta de pedrerías, de cadenas de oro en las manos y el cuello, sostenidas por esclavas persas, seguida del magnífico carro que había mandado preparar para subir triunfalmente al Capitolio, y de otros dos carros no menos lujosos, el de Odenato y el de un rey persa. Conducía el cuarto carro á Aureliano, tirado por cuatro ciervos, arrebatados á un rey godo. Senadores y ciudadanos de los más ilustres cerraban la comitiva, que se adelantaba á compás de alegres aclamaciones. Juegos del circo, representaciones escénicas, luchas de gladiadores y de fieras, naumaquias, coronaron la fiesta é hicieron aquella solemnidad memorable.

Aunque el ejército había pedido á voz en grito en Siria la muerte de Zenobia, conservando Aureliano su existencia, la cedió en los alrededores de Tibur tierras considerables para que viviera de un modo correspondiente á su categoría; estableció á sus hijas, y confirió al único hijo que había sobrevivido un pequeño principado en la Armenia. Por lo que hace á Tétrico le otorgó el título de colega y el gobierno de la Lucania.

Con la idea de aplicar remedio al desenfre-